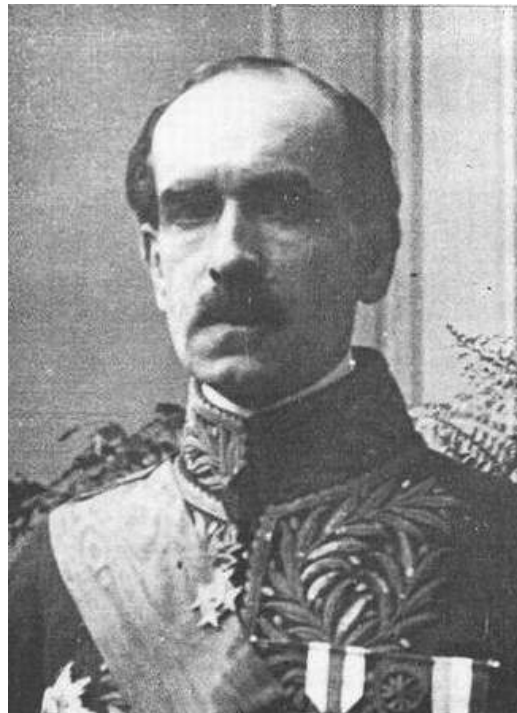


# SOCIEDAD BOLIVARIANA DEL PERU

FUNDADA POR DECRETO SUPREMO  
DE 31 DE MARZO DE 1927. POR EL SR.  
AUGUSTO B. LEGUÍA PRESIDENTE DE  
LA REPUBLICA.

LIMA 28 DE OCTUBRE DE 1927



Excmo. Sr. Dr. D. EDUARDO DIEZ DE MEDINA,  
Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia en el Perú.

**Discurso del Excmo. señor doctor don Eduardo Diez de Medina,  
Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia**

Excmo. señor Presidente de la República:

El espíritu amplio y noble que todos vuestros actos inspira, presta hoy solemne realce a la inauguración de la Sociedad Bolivariana en el Perú, encargada de glorificar y mantener inextinguible nuestra devoción a la memoria del Libertador.

La gratitud de cinco naciones para quien les dió vida autónoma, es imperecedera; y a medida que el tiempo avanza, crece en el corazón de los pueblos, al igual con la gloria del nombre que dos continentes aclaman. Toda oportunidad será, por lo mismo, propicia para rendir homenaje al genio en cuyo honor lleva su nombre la Sociedad que se inaugura en este suelo hermano, habiendo tocado en suerte al que habla, constituir la en Bolivia en 1925.

Bolívar, lo recordamos entonces, fué el primero que entrevió en sus sueños proféticos el ideal panamericano, la fraternidad continental, supremas aspiraciones de su corazón nobilísimo.

Espíritu excelso, predestinado para la gloria como un triunfador homérico, pasó por entre el fuego y la sangre de la gran tragedia, que para él fué bautismo purificador que le ungiera conduciéndole hacia la inmortalidad. Bolívar representa la más pura encarnación del arquetipo humano; estadista, deja al Alto Perú su primera Constitución redactada con la misma mano que guiara su espada resplandeciente en las jornadas épicas de Nueva Granada y el Perú; diplomático, movido por generoso idealismo, sueña con la Patria única de América, organizando la Liga Anfictiónica, fijando las bases de una institución que resolviese cuestiones y conflictos para evitar las guerras que han desolado a las naciones; Bolívar, vidente, lee en su carta profética de Jamaica, el futuro esplendoroso, la marcha ascendente y triunfal de los pueblos de América.

El Libertador cifró en la pujanza y la opulencia de los pueblos que redimía, la confianza en la seguridad de sus destinos. Previó tal vez disturbios domésticos que locos afanes harían pronto estallar, luego la agresión inmediata triunfando momentáneamente sobre la justicia y el derecho encarnados; pero su mirada genial fué más allá, hasta ver la resurrección, el maravilloso apogeo de los pueblos que hoy asientan su riqueza y su poderío en los yunques del trabajo, en las claras fontanas de la fe y en la augusta serenidad de la paz.

Al efectuarse este solemne acto en el mes que se conmemora el descubrimiento del mundo de Colón, debemos enlazar por modo feliz, el recuerdo de dos hechos que constituyen gloria insigne de esta América y en particular de nuestras cinco jóvenes naciones.

España las trajo a la vida, pero Bolívar, al resplandor de su espada, les dió algo más: ¡la libertad, que de esa vida es hálito fecundo!

Si de ella nuestros pueblos hubiesen disfrutado siempre con clarividencia y cordura, podríamos ya decir que el Libertador no había arado en el mar, pues del misterioso piélago surgieron estrellas que brillan hoy con luz y vida propias en el cielo de América.

Pudo ligera ráfaga nublarlas pasajera, mas he aquí cómo lucen hoy en horizontes que el devenir promete todavía más límpidos: es que los pueblos, como los astros, como la verdad y la justicia, dejan pasar el manto o la nube que llega a oscurecerlos, para luego brillar con mayor esplendor, a la manera en que fulgen, pasada la tormenta, las nieves de la montaña, cual brotan nuevas e inagotables riquezas del suelo húmedo y fecundo, como surgen energías renovadoras del desastre y del sacrificio, cuanto más cruentos, más lejos de ser estériles.

Si propender ahora a la más estrecha vinculación de estas naciones, es laborar porque el diáfano cristal de su ámbito, no vuelva a empañarse entre sombras de discordia o de lucha fratricidas, bienvenida toda idea, todo impulso, todo noble esfuerzo que, como éste auspiciado por

vos, Excmo. señor Presidente, que tan sinceramente contribuís a la unión de la familia americana, han de traer confianza a los corazones, semilla de paz a los pueblos que agrupados en bello consorcio, laboran hoy por la realización de un alto y común destino.

En este acto, cuya magnificencia consagran la intención que lo motiva, como las ilustres personalidades que traen aquí la generosa ofrenda de un continente, justo es loar también a la madre augusta.

Que América no la olvide. Antes bien, levante su alabanza al recuerdo inmortal de aquel alba de gloria, en que las naves castellanas, tal los viejos trirremes del argonauta, emergieron frente al silencio milenario de las playas arcanas, en la triple visión de su gallardía heroica.

Recuérdese que el genio de la raza, como en la mágica realización de un ensueño gigantesco, había hecho surgir desde el fondo del Mare Mágnun tenebroso, la maravilla inenarrable de, un mundo escondido por la mano de Dios en los términos de lo imposible. Como cuando Colón alzó la cruz de sus pendones, en los templos de Palenque, del Cuzco y Tiahuanacu temblaron los dioses de las arcaicas teogonías; el espanto volcóse fatal sobre las vastas civilizaciones aborígenes, mientras en la fantástica; hoguera de lo irremediable, caían imperios y ejércitos, símbolos y religiones; pero del vórtice funesto cual en quimérico prodigio, surgió, por milagro de la raza, un mundo nuevo que concretaba en sí la bíblica profecía de la tierra prometida.

Y es que esa raza fué Colón consultando su astrolabio; el rayo de Toledo tendido en la espada de los aventureros castellanos; el hálito heroico que hincha como senos eternos el velamen de las carabelas; el coraje secular florecido en epopeya, más allá de la Muerte; la gesta bravía, la viril rudeza que hiere la selva inviolada a golpes de tajante; el galope de los nuevos centauros ferrados, que van desde el Anáhuac hasta la Patagonia, cercenando cumbres, demoliendo imperios, postrando bajo el firme guantelete todas las tremendas amenazas de una naturaleza vengativa. Y es Cortés titánico que encadena la augusta soberbia del maya; la "noche triste" anunciadora de una aurora inmortal; es Pizarro, el capitán del siglo que escala el Ande alzando la excelsitud de su figura hasta diluirla en los altos tonos de la leyenda misteriosa. y después es Bolívar en Pativilca, grande en la tragedia, serenamente escuálido, fantasma acerado que aún puede exclamar con grito supremo: ¡triunfar !... Y es San Martín; y es Sucre, el impecable; y es Suárez; y es Córdova. He aquí nuestra raza: lava ardiente en el verbo de Monteagudo, acción en los de Murillo y los Lanza, pensamiento en Unanue, éxtasis y dulcedumbre en Santa Rosa de Lima.

Tiempo es, por lo mismo, de exaltar, de practicar fervorosamente las virtudes de la herencia invaluable. Cada pueblo de América ha glorificado ya los éxitos turbulentos; cada palmo de tierra sabe de un minuto de gloria inmarcesible; cada episodio heroico recuerda un laurel inmortal. Pero la raza también es serena, a la par que generosa. Afírmense entonces los imperativos del derecho y la justicia, borrándose el encono de los odios Implacables, abriéndose los caminos del mar a la pujanza de los pueblos hermanos que claman por él, por la costa que fue suya, porque saben que ese mar ha de llevarles a la esplendorosa consecución de su mañana. Lejos para siempre de las guerras funestas e injustas, laboremos por la reintegración de las soberanías mutiladas para que, inextinguible y luminoso, brille al fin en el cielo de esta América, el signo fraterno y cordial, signo perenne que anuncie nueva vida de bien, de paz y de amor.

Y entonces, ante el himno multánime que ensalce las glorias venideras, arrancadas en campos de labor y de armónico esfuerzo, ya no podremos lamentarnos como el excelso panida que y exclamaba en la magnificencia de su canto:

"Duelos, espantos, guerras, fiebre constante,  
en nuestra senda ha puesto la suerte triste.  
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,  
ruega a Dios por el mundo que descubriste"

## Relación de los miembros Activos de la Sociedad Bolivariana del Perú

<b>A</b>	
Abad Celso S.	Aramburú José Félix
Alcalá Manuel Pío, General	Arana Julio C.
Aljovín Miguel	Arangoitia Nicasio
Alonso Julio	Arévalo Santiago
Angulo Domingo	Álvarez Gerardo, General
Añaños Albino	Álvarez Mariano L.
Apaza Rodríguez Ismael	Ayulo Laos Alberto
Aramburú Carlos	Alzamora Lizardo
<b>B</b>	
Balbuena Gerardo	Berroa Benjamín
Barrenechea Raygada Samuel	Berroa Rubén
Barreto Anselmo V.	Berroa Vitaliano
Barrós Oscar C.	Buenaño Pedro
Basadre Eduardo C.	Burga Larrea Ezequiel
<b>C</b>	
Cáceres Andrés M.	Cisneros Genaro
Calle Carlos A.	Cobián Juan E.
Calle Juan José	Cornejo Angel Gustavo
Carvajal Melitón M.	Correa Elías Javier
Cárdenas Cabrera J. Alonso	Cortés Cesar
Carrillo Enrique A.	Corvacho José
Casanave Octavio C.	Cossío Mateo M. De
Casas Pedro Angel de las	Cúneo Vidal Rómulo
Castillo Ruperto A.	Curletti Lauro A.
Castro Antonio, General	Checa Drould Benigno
Castro Eloy	Checa Eguiguren Miguel A.
Castro Oyanguren Enrique	Chocano José Santos
Cavero José Salvador	Chueca Pablo R.
<b>D</b>	
Daly Alejandro J.	Devéscovi Ernesto
Dasso Andrés F.	Docarmo Alejandro
Delgado Vivanco J, Alfonso	Drinot y Piérola Pedro Pablo,
Delgado Luis E.	Monseñor.
Denegri Luis Ernesto.	Dulanto Pedro.
Deustua Alejandro O.	Dulanto Ricardo E.
<b>E</b>	
Ego-Aguirre Julio	Escalante José A.
Elguera César A.	Escribens Correa Eduardo
Elías Ricardo Leoncio	
<b>F</b>	
Fernández Glicerio A.	Franco Echeandía J. Alberto
Fernández ,Dávila, Aníbal	Frisancho Manuel S:
Flor Eduardo de la	Fuente César A, de la General
<b>G</b>	
Gadea Teodomiro A.	González García Marcelino
Galdos Benavides Jesús	González Hondermar Leonidas,
Gamboa Rivas, Celestino	Comandante
Gamio Romaña Carlos	Gonzáles Orbegoso Eduardo
Ganoza Chopitea Ismael	Goyburu José B.
García José Manuel	Granda José
García Mariano N.	Graña Francisco
García Irigoyen Carlos, Monseñor	Graña Ladislao
Guerra Pérez J. M.	
Gildemeister Alfredo	Gutiérrez Madueño Casimiro
Gonsález Miguel D.	Gutiérrez de Quintanilla Emilio
<b>H</b>	
Hernández Mesía Toribio	Huamán de los Heros Benjamín
Holguín Mariano, Monseñor.	
<b>I</b>	
Iglesia Abel	
<b>J</b>	
Jiménez Plácido	Pérez Figueroa Arturo
Palacio Eduardo	Pérez Velásquez Neptalí
Palma Clemente	Perochena Víctor A.
Pallete Miguel A.	Philips Belisario A.
Pancorbo José S.	Piedra Enrique de la
Pardo Figueroa Estandislaio	Piérola Carlos de
Patiño Benjamín	Pizarro José Ramón, General
Paz Soldán Carlos Enrique	Polo Solón
Paz Soldán Luis Felipe	

Pazos Varela Hernán  
Pazos Varela Juan Francisco  
Peñalosa Augusto C.  
Pérez Eduardo G.  
Pérez Heráclides

K

Klinge Germán

L

Landázuri César, General  
La Rosa Villanueva Francisco  
General  
La Torre Juan Manuel de  
Leguía Carlos E.  
Leguía Roberto E.  
Leguía Swayne Augusto  
Leguía Swayne José  
Leguía Swayne Juan  
Leigh Jorge E.

M

Macedo Pastor Celso  
Mac-Lean Roberto G.  
Maguiña Alejandrino  
Maguiña Suero Ricardo  
Málaga Escolástico  
Málaga Santolalla Guillermo  
Málaga Santolalla Fermín  
Manchego Muñoz Celestina  
Manchego Muñoz Teodorico  
Mariátegui Foción, General  
Mariátegui Foción A.

N

Nadal Ricardo  
Noel Teodoro C.  
Noriega Pedro J. de

O

Olaechea Guillermo U.  
Olivares Carlos A.  
Oliveira Pedro M.

P

Palacio Eduardo  
Palma Clemente  
Pallette Miguel A.  
Pancorbo José S.  
Pardo Figueroa Estanislao  
Patiño Benjamín  
Paz Soldán Carlos Enrique  
Paz Soldán Luis Felipe  
Pazos Varela Hernán  
Pazos Varela Juan Francisco  
Peñalosa Augusto C.  
Pérez Eduardo G.  
Pérez Heráclides

Q

Quiroga Ulises

R

Rada José Jacinto  
Rada y Gamio Pedro José  
Ratti Augusto L.  
Revoredo Julio  
Rey y Lama Guillermo  
Rey y Lama Raúl  
Ríos Juan

S

Salazar Jesús M.  
Salazar y Oyarzábal Francisco  
Salcedo Segundo F.  
Saldívar Ernesto  
Salinas Cossío Sebastián  
Salmón José Luis  
Salomón Alberto  
Sánchez Concha Luis  
Sánchez Díaz José  
Sara Lafosse Enrique  
Sáyan Palacios Emilio  
Seminario Aramburu Edmundo

Porras Barrenechea Raúl  
Portal Ismael  
Portocarrero Juan N.  
Pró y Mariátegui Emilio

Lequerica Guillermo  
Linares Fausto  
Lissón Carlos I  
Lissón Emilio, Monseñor:  
Lizares Quiñones J. Angelino  
Loayza Augusto, Contralmirante  
Lorente Sebastián  
Luna Ezequiel  
Luna Cartland Guillermo  
Luna Iglesias Germán

Marquina Enrique C.  
Martinelli Enrique  
Martínez Pedro Pablo, General  
Masías Manuel G.  
Medina Pío Max  
Merino Schroder Miguel V  
Monge Carlos  
Monge Juvenal  
Mora J. Ernesto de, Contralmirante

Morán Miguel A.

Noriega del Aguila Vicente  
Núñez Chávez J. Arturo

Olivera José M.  
Otero José G.

Pérez Figuerola Arturo  
Pérez Velásquez Neptalí  
Perochena Víctor A.  
Philips Belisario A.  
Piedra Enrique de la  
Piérola Carlos de  
Pizarro José Ramón, General  
Polo Solón  
Porras Barrenechea Raúl  
Portal Ismael  
Portocarrero Juan N.  
Pró y Mariátegui Emilio

Ríos Ricardo R.  
Rivero Abraham A. de  
Rodríguez Dulanto Abraham  
Romero Carlos A.  
Ronzenen Federico van  
Rubio Arturo  
Rubio Miguel

Solar Juan Miguel del  
Solar Manuel del  
Solari Hurtado Humberto  
Sosa Mario  
Sosa Artola Belisario  
Sotomayor y Vigil Federico Contralmirante

Sousa Ernesto  
Soyer y Caverio Emilio, General  
Stiglich Germán  
Swayne y Argote Enrique

T

Telio Julio C.

U

Ugarte Washington

Umeres Felipe

Ulloa Abel

V

Balizan Hermilio

Valverde Carlos

Vega León M.

Velarde Carlos A.

Velarde Álvarez Gabriel, General

Y

Yáñez León Juan Manuel

Torres Belón Enrique

Urbina Manuel Jesús

Urteaga Horacio

Vidalón Dámaso

Villacorta Leoncio F.

Villanueva José A.

Villanueva Pedro

Villanueva Rafael



14579